

# Caminos anfibios

Tan solo hace unas semanas, un veintisiete de marzo, una luminosa mañana de domingo en la que se alcanzaron ya los catorce grados (un récord celebrado en los informativos de todos los canales alemanes tras tantos meses de un frío empeñado en entumecer por igual el alma y el cuerpo), Marie Baumann aún había sido Marie Baumann y había hecho las cosas que le eran propias y se esperaban de ella en esta estación del año, ocupaciones en las que se empleaba a fondo y con todas sus ganas, cuando un anticipo de buen tiempo, como una breve y prometedora racha de suerte en el juego, alcanzaba por fin su ciudad del noroeste de Alemania. Qué más podía pedirse —pensaba ahora—, Christoph y ella estaban de buen humor aquel no tan lejano domingo, y eran tan conscientes de ese estado benéfico que no evitaron recurrir, como tantos otros vecinos y habitantes de la zona, al tópico de que la luz, sin duda alguna, lo cambia todo, empezando, cómo no, por el humor. La luz explicaba sin duda aquel sentirse equilibrados y tranquilos como en los mejores momentos, como en

los tiempos que ellos solían evocar denominándolos «los años sin preocupaciones». Seguro que también las había entonces, preocupaciones de muchos colores y casi con similar e insidiosa persistencia. Pero Marie pensaba a menudo que en el pasado ellos dos eran más fuertes, o más alegres y despreocupados, se parecían a un edificio recién estrenado que aún huele a pintura fresca y a barniz, una construcción sin grietas ni amenazas, sin daños aparentes ni vicios ocultos. Pero tampoco es que antes fueran ellos un piso a estrenar y ahora ya tan viejos como un edificio histórico... Aquí, justo aquí, en la comparación arquitectónica, debía detenerse Marie, pisar el freno para no abusar de su tendencia a erigir en el aire cadenas de semejanzas sin límite. Se conocía bien. De haber sido escritora, se hubiera mantenido muy a raya: hubiera puesto todo su celo y vigilancia en la dosificación de imágenes, por su bien y el de sus lectores.

Desde primera hora de aquel día recordado y radiante, el aroma de la nueva marca de café, el «café de la semana», recomendado en la pizarra verde de la tienda del «amigo turco» (así bautizaron Christoph y ella al hombre que acostumbra a tomarse tantas confianzas y a probar suerte llamándola en cada ocasión Heike en los pasillos del comercio, o junto a la caja a la hora de pagar, tratando de acertar por aproximación con su nombre o esperando que ella le desvele el auténtico)... el aroma de café se había expandido por los dos pisos de la casa, una atmósfera propicia, a tono con un día que se presentaba pacífico, lento, sí, y —por qué no reconocerlo sin son-

rojarse— absolutamente burgués. «¡Pero si burgueses somos todos! —solía declarar Christoph cuando salía a relucir este asunto de los acomodados, ocasiones en las que saltaba como un muñequito con resorte del CDU que se sintiera atacado—. Desde la Revolución francesa todos somos ciudadanos —añadía—. Hay quien todavía no se ha enterado...» Fiel a sus declaraciones, orgulloso de su peleado y merecido estatus, cómo disfrutaba Christoph de un café con *croissant*, de ese bollo en trenza con relleno de manzana, de unas zapatillas cómodas y un periódico con suplementos en las mañanas de domingo con las piernas en alto.

Ahora que Marie lo piensa, puede que Khaled, el turco de los comestibles, llame a todas las alemanas Heike con un punto de picardía, puede que esa sea su pequeña estrategia de mercado para seducir bellezas germanas o captar frías clientas teutonas siempre proclives a un cierto exotismo oriental o sureño, a la promesa de un vino que les haga perder la cabeza como si bailaran con un tal Alfredo un apretado tango, o al pequeño hilito de humo aromado que se eleva desde un solitario palito de incienso hindú que, antes de extinguirse, dibuja en el aire otros mundos, diferentes, lejanos, aún posibles.

Aquel día al borde de la primavera en que Marie aún fue Marie y las cosas no habían cambiado, acompañada de su marido y de una buena amiga, que también era vecina, habían dado una buena batida al jardín, lo habían metido en cintura, como a ella le gustaba decir cada primavera. Se habían divertido, después de todo, por mucho que, al día siguiente, el cuerpo, especial-

mente la zona lumbar y la parte posterior de las piernas (músculos isquiotibiales, precisaba el puntilloso Christoph), se hubiera encargado de recordarle a Marie que, a sus 44, por más que fuera a los ojos de sus conocidos brillante como las mismísimas mañanas de domingo en las que Alemania y el mundo se desperezan, ya no era más una cría de veintitantos.

Cuando amigos de otros países le preguntan a Marie cómo es Bochum en invierno, no puede evitar la confesión de que a veces llega a deprimir, tanto que su mejor amiga se ha instalado una especie de gran lámpara de terrario que imita la luz del sol en el lugar de trabajo, algo que acompaña en casa con sesiones de rayos UVA dentro de una «sandwichera» de luz azulada a la que accede como si fuera a emprender un vuelo intergaláctico. Con todo, «¡si nos comparamos con países más al norte!», añade Marie. Y es cierto que aún pueden encontrarse países más al norte donde gente concienzuda espanta el tedio leyendo sagas policíacas o preparando tesis sobre Kierkegaard, Strindberg o Ibsen... antes de ponerse una cinta en el pelo y lanzar una jabalina que se clava en un lago helado donde suelen patinar espigados niños casi albinos, un lago que luego horadan en barrena para pescar como esquimales, reunirse a almorzar en una cabaña y concluir, entre carcajadas plagadas de imposibles consonantes, que esta ha sido de veras una gran jornada de domingo... Además, piensa Marie, si el lastre del invierno se vuelve insoponible, siempre queda el recurso de escapar por unos días a países más cálidos (¡ah, las costas de España!, ¡ah,

la Toscana italiana!) donde cargar un poco las baterías. Si fuera escritora, no utilizaría nunca la expresión «cargar las baterías». Optaría por un sencillo y culto reponerse o tomar fuerzas.

«Parece que el invierno lo mantuviera todo en una obstinación petrificada...» ¿O era una petrificación obstinada? Ahora que han pasado semanas de aquel día todavía alegre y normal, ahora que Marie ya no se siente la misma Marie, porque ha dejado incluso de considerarse la misma persona tras lo ocurrido, parece que también le abandone su tradicional familiaridad con los giros y recovecos del lenguaje. Tenía el dominio de la lengua, el buen oído, por uno de sus puntos fuertes. El idioma alemán era un mapa extendido que conocía de memoria en sus llanos y cordilleras, en su lógica punteada de coloquialismos, palabras compuestas y humor de refranero. Siempre lo sobrevoló confiada, como en una avioneta ligera que planeaba sin ruido, desde los tiempos de concienzudas redacciones de colegio e instituto, como quien pasa revista de cuando en cuando a sus posesiones sabiendo que todo permanece en su sitio. Su sintaxis equivalía a su paisaje.

En el diario que Marie guarda en un cajón del escritorio de arriba, el escritorio de madera clara, ella había escrito aquella frase: «Im Winter wirkt der Garten wie eingeschlafen. Alles verharret erstarrt» (En invierno el jardín parece quedarse dormido. Todo en una petrificación obstinada). Sí. Esas fueron sus palabras, o las palabras de la persona que fue. Qué buena costumbre la de los diarios, rebelarse contra un destino en el que los

detalles y las experiencias se desvanezcan por haberlas fiado solo a la vulnerable memoria. Sabe que solo algunas personas tienen habilidad y constancia para redactarlos. Ella siempre se contó entre esos afortunados que viven registrando cuanto les ocurre, o elaborando al menos una selección interesante. Está convencida de que podría explicar su vida entera (también los últimos acontecimientos, su antes y su después) ante cualquier clase de juez terrenal, adjuntando como testimonio los cientos y cientos de páginas que ha escrito desde los años ¿ochenta? Todo un argumento, un fuerte hilo del que tirar, el cordón con borla de una elegante cortina que uno acciona para asomarse a una hermosa vista del campo. El diario, pues, como panorámica de un sumario judicial capaz de convencer a otros y exculparnos. ¿Saldría beneficiada o indultada al cabo del relato? Que se lo pregunten a los escritores, qué pueden esperar los escritores una vez que han dado a conocer sus novelas y relatos. Pocas veces, seguro, una suerte de valoración apropiada o de justicia poética. Imagina que las más de las veces padecen los narradores el silencio, la invisibilidad, y casi preferirían la dentellada de algún crítico con el día cruzado, el exabrupto de un pirado en Internet. Su amiga Judith, de Berlín, escritora conocida que ha publicado cinco libros, le comenta ese tipo de cosas cuando se siente ignorada, cuando no ve la recompensa o la luz del otro lado.

No es, por supuesto, la primera vez que las cosas cambian de modo radical tras un apacible domingo. Marie recuerda bien ese comienzo de *La condena* de

Kafka. Se ha dado una vuelta por la estantería preferida de Christoph estos días amargos y ha releído la sensación de calma a punto de quebrarse que se desprende de las primeras líneas de esa novela: «Es war an einem Sonntagsvormittag im schönsten Frühjahr. Georg Bendemann, ein junger Kaufmann, saß in seinem Privatzimmer im ersten Stock...» (Era una mañana de domingo en la bella primavera. Georg Bendemann, un joven comerciante, estaba sentado en su habitación privada del primer piso...). Pronto se nos cuenta que el tal Georg Bendemann acaba de escribir una carta a un antiguo amigo que vive en el extranjero. Parece relajado, levanta la mirada desde la ventana hacia el puente del río, hacia el verde de la orilla al otro lado... Pero intuimos que pronto todo ha de cambiar, que, tratándose de Kafka, algo incontrolable, un poder mayor, pondrá todo su empeño en interrumpir su vida cotidiana y aniquilarlo.

Las palabras de Marie acerca de lo ocurrido en el tiempo que transcurrió desde ese soleado día de primavera, las contiene al detalle el grueso cuaderno con tapas de madera en la oscuridad del cajón derecho del escritorio. Al menos en eso ha sido constante, honesta y fiel, en tiempos estables e inestables. Un escritorio y un cajón sin llave. Transparencia, sinceridad, apertura. Siempre, durante años y años, ahí, disponible para un arranque repentino de la curiosidad de Christoph. La verdad y toda la verdad al alcance de su mano. Christoph es un biólogo curioso, pero respetuoso y discreto. Sus intereses parecen encontrarse en el exterior, por eso ama tanto este lugar, esta casa de bosque que res-

tauraron, este valle del Ruhr, este paraje donde gente curtida se saluda todavía con un *Glückauf!*, el saludo de los viejos mineros que se deseaban regresar con salud a la superficie al acabar la jornada.

Anotación de aquellos días buenos en el diario de Marie: «Gracias a Dios, todo ha cambiado desde la última semana con el buen tiempo. Realmente aquí una nota primero el cambio de estación hacia la primavera por los letreros que se cuelgan a lo largo del kilómetro de camino de bosque que conduce hasta nuestra casa: *Achtung Krötenwanderung* (Atención, migración de sapos). Puesto que los alemanes somos tan amigos de los rótulos y carteles, señalizamos también los húmedos caminos por los que los sapos se mueven hacia los ríos y lagos para la puesta, para el desove (como dice, técnicamente, Christoph). También han pintado avisos de *Achtung Frösche* (Atención, ranas) y *Vorsicht Amphibien* (Cuidado, anfibios). Así que va creciendo junto al bosque otro bosque, de señales de advertencia. Con esta temperatura diaria, de unos catorce, los anfibios que dormían bajo la vegetación se van desperezando e intentan llegar a su destino mientras aún llueve y los caminos permanecen húmedos. Cruzan la carretera, naturalmente sin la precaución de mirar antes a izquierda y derecha (me advierte, poniéndose muy serio y profesoral Christoph cada año cuando explica este prodigioso, arriesgado y diminuto instante de éxodo). Asoma el dramatismo a la cara de Christoph mientras subraya lo inevitable del proceso: “Ya no hay modo de detenerlos —comenta—. Están totalmente guiados por sus hor-

monas. Tanto que a veces algunas hembras mueren ahogadas porque demasiados machos las asedian al mismo tiempo...”».

Tal vez otro maestro del asedio, Khaled, el de los comestibles, diga Heike porque desea en sueños a aquella maravillosa velocista y saltadora de longitud, Heike Drechsler, que aún competía entre las grandes a los cuarenta años. Marie ha visto un póster descolorido de ella pegado con cinta adhesiva —en realidad cinta aislante— en una puerta del fondo del local de Khaled: las esquinas mordisqueadas por decenas de alfilerazos de chincheta, como si la imagen hubiese acompañado al turco, aquí y allá, desde hace años, tal vez ya en una lejana habitación de adolescente en, digamos, Estambul. Heike se volvió entonces obsesión: incluso en los manuales de alemán que Khaled estudiaba concienzudo allá en Turquía aparecía su nombre favorito de mujer entre los ejercicios de las gramáticas. Todavía recuerda aquel ejemplo: «Heike fährt um Mitternacht mit dem Zug nach Lübeck» (Heike viaja a Lübeck en tren a medianoche). Él hubiera preferido que aquel ángel fuerte y delicado hiciera el viaje para visitarlo por sorpresa en tierras turcas... Heike Drechsler, 1,81. 70 kilos. 5 medallas olímpicas... En el póster la gravedad se ha detenido y ella planea para la posteridad sobre el foso de longitud, extendiendo hacia delante sus largas y musculosas piernas. Fieros los clavos de sus zapatillas ligeras arañando el aire, fiero su mirada y la expresión de su boca contraída. Corrió y saltó para la Alemania del Este. Corrió y saltó después para la Alemania reunificada. Una

superviviente. Marie también la recuerda, con su melena lisa, corta y rubia, en el pasado con una camiseta azul marino y el escudo de la DDR, más tarde con el uniforme blanco y la banda roja horizontal de la República Federal en el pecho. También ella la admiraba, una pura admiración estética, un tributo a los héroes. Los cien, los doscientos metros, los relevos, el salto de longitud. Pero Marie no tiene intención de acercarse a Khaled partiendo de este recuerdo común. Se limitará como de costumbre a guardar las distancias, a los saludos y a los agradecimientos de rigor. Y no se quejará de esos kiwis que siempre llegan de donde sea un poco enteros y ácidos.

De su diario: «Christoph pertenece a varios círculos. También al círculo de amigos de los anfibios, que se constituye en una auténtica brigada redentora en esta época. Para evitar los atropellos de los humanos, el círculo levanta barreras, recoge con cuidado centenares de anfibios y los traslada al otro lado de la carretera para que los coches no se los lleven por delante. Aquí también hay salamandras, zorros, corzos... ¿Pero a quién le cuento esto? ¿Espero, como Judith, mi escritora favorita, algún lector que sepa de mí y del entorno en el que vivo? No es un entorno común este al que pertenezco. Soy de aquí, me siento de aquí. Estoy impregnada hasta el fondo por mi ambiente, por las flores de alrededor, como una miel o un vino, ¿soy yo común, o interesante? Me pregunto si sigo siendo a los ojos de Christoph interesante, o al menos una parte fiable y estable de su paisaje.

»Sin compararme con la gran Heike, a veces cuento todavía a mis amigos, en nuestras reuniones en casa, que en el pasado fui una buena deportista, una promesa júnior del heptalón, que en Alemania llamamos siete-luchas. Yo era una chica joven que corría, saltaba, lanzaba, y aquí suelo deslizar un “¿verdad, Christoph?”, porque percibo demasiado asombro y hasta un punto de guasa e incredulidad en los ojos de mis conocidos, un sano o malsano escepticismo tras unas copas de Ribera del Duero, el vino español que encargo por cajas a un distribuidor, vía Internet, a buen precio, con el que invito a los buenos amigos. Los años me han tratado bien si me comparo con otras mujeres de mi edad. A mi manera siempre me he cuidado, pero es indudable que mi estatura y mi corpulencia solo se podrían mantener a raya con un esfuerzo mayor y continuado. Algo que tampoco estoy dispuesta a hacer. Christoph lo formularía en términos de documental de sobremesa como un sacrificio extremo. Él me considera aún atractiva, aunque es cierto que él siempre lo mira todo, y especialmente a mí, del mejor modo. A él le bastaría, creo, con que no cambiaran mis ojos, y es cierto que mis ojos azules —tan azul marino, como aquella camiseta de Heike en el Este— al menos no han cambiado. En todos estos años he tratado de mantenerme. Hasta ahora mi ejercicio consistía en largas caminatas y en el cuidado del jardín. El jardín es grande, una amplia pradera, un campo tan extenso como una novela de Thomas Mann, un campo como un libro que te reta y requiere, de cuando en cuando, esfuerzos extenuantes».

Anoche tuvo un sueño un tanto inquietante: Thomas Mann estaba en compañía de su hermano Heinrich, ambos iban vestidos con jerséis claros de pico, de tenista antiguo, el uno rojo, el otro blanco. Thomas había discutido con su cuñada de un modo en el que ya solo cabía la ruptura. Ella le había dicho, al pasar frente a él, con todo su veneno, que lo consideraba el peor escritor de todos los tiempos y él había replicado que ella no sabía nada de literatura y que solo leía autores rusos absolutamente menores, creyéndolos, sin embargo, importantes. Había intervenido inesperadamente la suegra, la madre de ella, desvelando un secreto vergonzoso para Thomas, un secreto indigno, algo de su pasado, tal vez una invención, pero de suficiente gravedad para destrozar el matrimonio de Thomas y forzar una marcha que sería exilio. Sentados sobre el capó abultado de una camioneta antigua (una Ford de faros redondos que parecería más apropiada en una narración sureña de Faulkner), Thomas y Heinrich, elegantemente vestidos, se despedían. Thomas decía con resignación y tristeza: «Ya veo el mezquino amanecer» o «Por ahí llega el mezquino amanecer». No es el amanecer lo mezquino —intentaba explicarle el equilibrado Heinrich—, es solo tu estado de ánimo... Luego un zumbido, una vibración en la habitación de Marie la sacó repentinamente del sueño, era el ordenador portátil de Christoph quejándose desde una mesa porque este lo olvidó encendido y con la tapa cerrada antes de acostarse. Un *pendrive* parpadeaba además en el costado soltando destellos amarillos y ella tuvo que levantarse, de mal humor por la molestia, para apagarlo. Después le fue